Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

IX – Jaque al rey de Roma

21 – Un patriarca irascible

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 21 – Un patriarca irascible

"Aquí se cuenta de cómo el patriarca del convento egipcio de Deir El-Tor, Su Suprema Beatitud Mejleptor, llega al Líbano, al Convento de las Estatuas, en Nahr El-Kalb, y se reúne con todos los patriarcas para trazar una estrategia que les permita enderezar la lastimosa situación en que se encuentran. Durante su primera asamblea, el patriarca muestra un carácter endiablado; sobre todo cuando, dado que Mejleptor es el más anciano y de mayor prestigio, le piden que vaya a ver al rey El-Zâher Baïbars e intente sonsacarle el por qué de la expulsión de todos los frailes y el cierre de los lugares de culto en sus tierras. Como es natural, el patriarca Mejleptor, ante esa idea de que le quieran mandar a entrevistarse con Baïbars; o lo que es lo mismo: a la boca del lobo; se agarra un cabreo monumental, y les amenaza con dejarles allí plantados. Al final, y tras muchísimos ruegos y zalemas, consiguen convencerle de que él es el emisario más indicado ante el sultán por su destreza dialéctica y su reconocida sabiduría; pero este exacerbado patriarca no se deja manejar así como así, y les impone una condición que toca directamente a lo que más les duele a todos los frailes allí reunidos…"

El convento de Deir El-Tor estaba situado no muy lejos de El Cairo, y su patriarca, Mejleptor, había sido el maestro y superior de Aflantín, enseñándole a leer los Evangelios y a cantar misa. Era el más anciano de todos los religiosos que vivían en tierras del Islam, y esa era una de las razones por las que gozaba entre ellos de una particular autoridad. Así que, cuando Aflantín se enteró de su llegada, llamó a gritos a monjes y a patriarcas, les ordenó que formaran en procesión tras él, y salió al encuentro de su viejo maestro, cantando la misa a voz en grito, entre velones e incensarios.

– ¡Mil veces te saludamos, *abbone*! –le dijo tras besarle humildemente las manos– ¿Así que a ti también el *rey* de los musulmanes te ha cerrado el convento y te ha echado?

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Tú y tus estúpidas preguntas! –gruñó el viejo monje– ¡Qué te crees! ¿Qué yo me beneficio de un trato especial, o qué?

– Pero, *abbone*, ¿no has intentado saber qué le ha inducido al rey a tomar esas medidas y a echar de sus tierras a estos desdichados?

– ¿Y cómo querías que lo hiciera? Yo estaba sentado tranquilamente en mi celda, cuando vi llegar al palafrenero del *rey*, que me arrojó a la puerta del convento, luego lo cerró y se marchó con las llaves. Entonces es cuando me enteré de que todos los monjes habían venido a refugiarse aquí, y me vine a ver qué medidas ibais a tomar para sacarnos de esta situación.

– Desde el momento en que Tu Beatitud está entre nosotros, *abbone*, no tenemos nada más que decir: nos sometemos enteramente a tu opinión –declaró Aflantín.

Cuando llegó la noche, Afriún, Aflantín y Mejleptor se reunieron para deliberar, en presencia de veinte monjes seleccionados entre los de más edad y con más experiencia.

– Querido *abbone*, nosotros no podemos más que alegrarnos de tu presencia, ¡toda una fuente de bendiciones! –comenzó su discurso Aflantín– Aunque…, he de confesar que me inquieto por todos esos pobres infortunados que duermen ahí afuera, bajo la tienda. Ahora, estamos en verano, y ya sufren cruelmente de calor; pero, cuando llegue el invierno, y comience a nevar, todos corren el riesgo de morir de frío. Por eso, soy de la opinión que habría que enviar a uno de nosotros a El Cairo para pedir explicaciones al *rey* de los musulmanes; de ese modo, cuando sepamos el por qué ha arrojado a esos desgraciados, estaremos en mejor posición para defendernos.

– Tienes razón, *figlione*, no está mal pensado –aprobó Mejleptor– Bueno, pues ahora solo nos falta designar a un emisario…

– Por mi religión, *abbone*, ahora mismo estaba pensando en eso. La elección es difícil, pues al que enviemos a negociar con el *rey* tendrá que ser un buen orador y un sutil dialéctico para poder responder eficazmente a todas las objeciones… Pero, finalmente, y después de haberle dado vueltas y más vueltas a esta cuestión en mi cabeza, he llegado a la conclusión de que nadie más que tú sería capaz de salir airoso de esa misión…

– ¿Yo? ¿Quieres que vaya yo a discutir con el *rey*? –interrumpió Mejleptor.

– No veo a nadie más cualificado que tú –afirmó Aflantín.

Ante esas palabras, el viejo monje dio un brinco, y echando espumarajos por la boca, se mostró preso de una furia incontenible.

– ¡Ah, *marfûs*! –vociferó– ¡Parece que mi presencia en este convento ya se os empieza a hacer pesada, y tenéis prisa por desembarazaros de mí y de mis compañeros! ¡Pues, por mi religión, que no me quedaré aquí ni un minuto más!

En cuanto hizo ademán de salir, los patriarcas fueron corriendo tras él y se agarraron a los faldones de su hábito, suplicándole:

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

– ¡Concédenos tu perdón, *abbone*! Por Dios, ¡dinos qué hemos podido decir para provocarte tal cólera! ¡Imploramos tu indulgencia! ¡No te vayas!

– ¡*No pardono*[1]! ¡Yo no me quedaré aquí ni un minuto más!

Pero unos, se arrojaron a sus pies, otros, le retuvieron agarrados de sus hábitos, hasta que tras muchos esfuerzos y constantes súplicas consiguieron persuadirle de que se quedara.

– Ahora, *abbone*, ¿tendrías la bondad de hacernos partícipes de las causas de tu irritación y tu furia? –le preguntaron.

– ¿Habláis en serio? ¡Bonita pregunta! –empezó a echar pestes Mejleptor– ¡Vosotros me queréis enviar a la muerte, y pretendéis que no proteste! ¡Ya estoy viendo la escenita!: Yo, llego ante del *rey*, y le suelto a bocajarro: "Dime, *rey*, tengo que hacerte una pregunta: A ver ¿qué razón te ha llevado a cerrar nuestros lugares de culto y nuestros conventos?" Pero ¿cómo creéis que va a recibir el *rey* esa cuestión? En voz baja me responderá: "Y tú, *marfús*, ¿cómo te atreves a discutir mis órdenes? ¡Prendedle!" Y en el acto, el hijo del Korani desenvainará su *santa-maría*[2] y me hará la *mantara*. Pero, claro, eso para vosotros no supondrá una gran pérdida, ¿eh? ¡Puede incluso que hasta convenga a vuestros asuntos!

– ¡Nada de eso, *abbone*! –protestaron– El *rey* de los musulmanes es conocido por su clemencia. Además, tú te encuentras directamente bajo su protección, porque tu convento está cerca de su capital: y, aunque solo sea por eso, no dejará de tratarte con cierta consideración.

– ¡Pobres tontos! ¿Tratarme a mí con consideración? ¿Si me hubiera tenido la más mínima consideración, habría cerrado mi convento?

En fin, que multiplicaron tanto los ruegos y las súplicas, que al final acabó por ceder.

– ¡*Basta figlioni*! Entonces, ¿estáis totalmente de acuerdo en que yo vaya a hablar con el *rey*?

– ¡*Abbone*, tú eres nuestro único recurso!

– Está bien, si no hay más remedio… estoy dispuesto a sacrificar mi vida por amor a Nuestro Señor el Cristo –suspiró Mejleptor–. Solo que, como se suele decir: "Boca alimentada, oreja dispuesta". Váis a reunirme mil bolsas[3]; veréis cómo así se arreglan bien las cosas.

– ¡Misericordia! Pero ¿por qué una cantidad tan grande, *abbone*? –protestaron los monjes.

– Pues es evidente ¡Para ofrecérsela al rey a guisa de regalo! La vista de los ducados aplacará su cólera, y puede que así consienta en dirigirme la palabra y responder a mi

[1] Sic.
[2] Es el equivalente a la *shâkriyyeh* en *lingua franca*.
[3] La bolsa, unidad de cantidad, valía quinientas piastras; es decir, unas cien monedas de oro.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

pregunta. ¡No habríais pensado que yo iba a llegar allí como un imbécil, con una mano delante y otra detrás, para someterle a un interrogatorio! Si no tengo esos ducados para ofrecérselos, no podré ni tan siquiera acceder a él.

– Es *bono*, lo que dices, *abbone*… pero, de todos modos… mil bolsas… es demasiado dinero para nosotros. ¿No crees que exageras un poquito?

– ¡Mil bosas, y además mil ducados! –cortó Mejleptor por lo sano– Pero ¡Qué os habéis creído! ¡Se trata del *rey*, no de un alcalde de pueblo! Si ve que mi regalo es demasiado mezquino, puede que ni siquiera acepte recibirme.

– Está bien, *abbone*, tienes razón –aceptaron los monjes– Pero , ¿dónde vamos a encontrar una suma así, en una situación tan difícil como la que nos encontramos? De sobra sabes que hemos dejado nuetros conventos sin podernos llevar otra cosa que nuestros *mâshûhas*[1] y nuestros báculos.

– ¿Y yo qué sé? –les replicó Mejleptor– ¡Cuando se tiene un objetivo en la vida, hay que saber desenvolverse para encontrar los medios! A ver, no tenéis más que ir a mendigar a los reyes de la Costa. En cualquier caso, ya quedáis advertidos, yo no me voy sin el dinero; entregádmelo y, con la ayuda de Nuestro Señor el Cristo, me comprometo a arreglar este asunto.

– Está bien, *abbone*, tienes razón –otorgaron los monjes.

Al día siguiente, monjes y patriarcas montaron en sus asnos y se dispersaron por entre los reinos francos de la Costa; días más tarde, regresaron con el producto de su colecta, de la que Aflantín y los otros sacaron las mil bolsas y se las entregaron a Mejleptor.

– Aquí tienes, *abbone* –le dijeron– Como verás, hemos seguido tus consejos.

– ¡Muy bien, perfecto! Desde este momento, podéis dar por reglado el asunto.

Sin esperar más, Mejleptor ordenó que cargaran las mil bolsas en unas mulas, y eligió para que le acompañaran a cien de los monjes más ancianos y respetables; luego, se puso en marcha, montado en su burra. Recorriendo leguas, entraron en tierras de Egipto por Gaza, y no tardaron en llegar a El Cairo. La aparición de tal tropel de monjes no dejó de despertar la burlona curiosidad de los habitantes de la ciudad.

– ¡Eh, Hâch Mohammad! –preguntaba uno.

– ¿Qué quieres, Hâch Awf? –replicaba otro.

– ¡Ven a ver, compadre! ¿De qué agujero habrán salido esas viejas ratas? ¿Se habrá caído algún muro en el barrio?

Es cierto que, en tiempos de El-Zâher, los musulmanes mantenían el pabellón muy alto, y todos los cónsules, patriarcas, y monjes no contaban para nada: se burlaban de ellos, y

[1] Especie de mitra.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

les insultaban en sus narices sin que se atrevieran a protestar. ¡Ojalá que Dios conceda la victoria a los defensores de la verdadera Fe[1]!

En fin, que su llegada no pasó lo que se suele decir desapercibida; pronto se vieron escoltados por una multitud de muchachos deseosos de aprovechar tal espectáculo. Cuando llegaron a Remeileh, sacaron sus incensarios y se pusieron a salmodiar a voz en cuello invocaciones a favor del sultán. Armaron tal escándalo, que el rey, que estaba presidiendo en ese momento el Consejo, se inquietó:

– Ibrahim ¿Qué sucede?

– Lo ignoro, *dawlatli*. ¿Le das autorización a Saad para que vaya a ver y nos informe?

– Ve, Saad –aprobó el rey.

Saad se fue a la puerta de la ciudadela y echó una ojeada; al ver aquella procesión de monjes que balanceaban incensarios, voceando invocaciones, y rodeados de una muchedumbre de curiosos, regresó al Consejo a todo correr.

– ¡Rápido, Ibrahim, ven a ver! –le urgió a su primo– ¡Vamos, espabila!

– Pero, ¿qué es lo que pasa? –le preguntó Paladín de Doncellas (Ibrahim).

– ¡Es tu padre, Hasan El-Horâni, que llega de su pueblucho con todos los sheijes del Horân, gritando como descosidos!

– ¡Qué raro! –se extrañó Ibrahim– ¿Qué puede traerle a mi padre y a sus hombres hasta aquí, y a estas horas?

– ¡Qué sé yo! ¿Le habrá ocurrido alguna desgracia?

Ibrahim salió a todo correr y subió a la torre de la Ciudadela; al ver que sólo se trataba de unos monjes, volvió sobre sus pasos, furioso, y comenzó a echarle una bronca a su primo.

– ¡A ver, Saad, explícate!

– ¡Explicar, qué!

– ¡Eso de que has visto a mi padre y a los sheijes del Horân, especie de cretino!

– Bueno, pues… eso me había parecido: vi a un tío viejuno de barba blanca, montado en una burra, y he creido que era tu padre… como él también tiene una barba blanca.

– ¿Serás burro? ¡Menuda excusa!

– Pero vamos a ver, Ibrahim, ¿se puede saber qué es lo que pasa? –le preguntó el sultán, aburrido ya de sus disputas.

– Pues que ha llegado una tanda de monjes, encabezados por Mejleptor, el patriarca de Deir el-Tor –respondió Ibrahim– y Saad lo ha tomado por mi padre…

[1] Este aparte del narrador refleja evidentemente la situación dominante en el Imperio Otomano a partir del s. XIX, en donde la mayoría musulmana soporta cada vez peor los privilegios de que gozan los representantes de las "grandes potencias" europeas, y la protección que ejercen sobre las comunidades cristianas orientales, percibidas por los musulmanes como una "quinta columna" en potencia.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El sultán sabía de sobra que Saad era un poco simple, y que además le encantaba burlarse de su primo; de modo que, en lugar de enfadarse por la broma, se rió de buena gana.

– Vete a ver de qué va todo esto, Ibrahim –continuó el sultán–. Si piden audiencia, déjales entrar sin dificultad. No hay nada malo en escuchar sus súplicas, y saber qué es lo que quieren.

Ibrahim se inclinó con una reverencia, y luego, saliendo de la sala, se dirigió al encuentro de Mejleptor.

– ¿Qué quieres, sheij de los monjes? –le preguntó.

– *Ghandar*, vengo a pedir justicia, y a solicitar una audiencia con el *rey* para presentarle mis quejas.

– Pues es que en este momento el rey está muy, pero que muy ocupado –objetó Ibrahim, al que ya le rondaba una idea por su cabeza–. En realidad, no veo cómo podría introducirte: ya sabes, no se entra así como así en un molino…

– *Ghandar*, ¿no serás tú por casualidad el hijo del Korani?

– En efecto, yo soy el hijo de El-Horâni.

– Me acojo a tu protección, *signore*: obtenme una audiencia, y yo no olvidaré recompensar tu esfuerzo. Precisamente, aquí traigo una bolsa con mil ducados: ¿me harías el honor de aceptarlos?

– Pues mira por donde; creo que el sultán acaba de terminar con lo que tenía que hacer –repuso Ibrahim, guardándose rápidamente la bolsa–. Espérame aquí, que voy a ver si te puedo introducir.

Próximo relato de "Jaque al rey de Roma":

IX.22 – "La jugada se perfila"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6